

TONI MORRISON



Amor

Heed y Christine, dos mujeres ya ancianas, han dedicado toda su vida a amar a un solo hombre y a odiarse de mil maneras distintas. Quien despertó en su día tanta rivalidad es Bill Cosey, el dueño de un hotel de la costa Este de Estados Unidos, que en los años cuarenta era el lugar de encuentro de la gente de color con dinero y con ganas de divertirse. Bill murió hace años, dejando un reguero de recuerdos y un testamento confuso que obliga a las dos enemigas a convivir bajo el mismo techo en una mansión destartalada, donde alimentan su antigua rabia con gestos despechados y palabras amargas. Pero ¿quiénes son en realidad Heed y Christine? ¿Qué relación las une? Toni Morrison llevará al lector hasta el tiempo en que eran niñas y amigas inseparables, y le presentará a otras mujeres y hombres que conocieron a Bill, un fantasma que toma cuerpo gracias al amor que otros le entregaron en su día.

Para y con Ardelia.

Las mujeres se abren mucho de piernas, así que tarareo. Los hombres se ponen de mal humor, pero saben que todo es por ellos. Se relajan. Estar a la expectativa, incapaz de hacer nada más que mirar, es penoso, pero no digo una sola palabra. De todos modos, soy callada por naturaleza. De niña me tenían por respetuosa; de joven decían que era discreta. Más adelante pensaban de mi actitud que era una prueba de la sabiduría que aporta la madurez. Hoy día el silencio se considera raro, y la mayoría de los miembros de mi raza han olvidado lo hermoso que es dar a entender mucho diciendo poco. Hoy la lengua se mueve por sí sola sin la ayuda de la mente. No obstante, solía tener conversaciones normales y, cuando hacía falta, podía ser lo bastante convincente para desinflar un bombo... o parar un cuchillo. Ya no es así, porque allá por los años setenta, cuando las mujeres empezaron a sentarse a horcajadas en las sillas y a bailar enseñando la entrepierna en la televisión, cuando en todas las revistas empezaron a aparecer traseros y pedazos de muslo como si en eso se resumiera una mujer, bueno, me callé del todo. Antes de que las mujeres accedieran a mostrarse desnudas en público, existían los secretos, unos para guardarlos, otros para revelarlos. ¿Ahora? No. Puesto que ser descarada está a la orden del día, canturreo. Las palabras bailan en mi cabeza al compás de la música en mi boca. La gente viene aquí a comerse una fuente de langostinos, a pasar el rato, y nunca se percatan de que son ellos los únicos que hablan, ni les importa. Soy como la música de fondo en una película, que suena cuando los que van a ser novios se ven por primera vez, o cuando el marido ca-

mina a solas por la playa, preguntándose si alguien le habrá visto hacer eso que está mal y que no ha podido evitar. Mi tarareo estimula a la gente, les aclara las ideas, como cuando Mildred Pierce, en la película Alma en suplicio, decide que ha de ir a la cárcel por su hija. Imagino que, a pesar de lo suave que es, mi música también ejerce esa clase de influencia. De la misma manera que la canción «Mood Indigo», al deslizarse sobre el oleaje, puede cambiar tu forma de nadar. No te impulsa a zambullirte, pero puede determinar tu brazada o engañarte, haciéndote creer que eres tan inteligente como afortunado. Así pues, ¿por qué no nadar más lejos y un poco más lejos todavía? ¿Qué significa para ti la profundidad? El fondo está muy abajo, y no tiene nada que ver con la audacia que las coronas nobiliarias y las teclas del piano procuran a la sangre, ¿verdad? Desde luego, no afirmo que tenga esa clase de poder. Mi tarareo está por debajo del registro adecuado, es privado, apropiado para una anciana desconcertada por el mundo; es su manera de mostrarse en desacuerdo sobre cómo está resultando el siglo, un tiempo en el que se sabe todo y no se entiende nada. Tal vez siempre haya sido así, pero hasta hace unos treinta años no se me ocurrió pensar que las prostitutas, admiradas por su honestidad, siempre han marcado la pauta. Bueno, tal vez no fuese su honestidad, puede que fuese su éxito. De todos modos, esparrancadas en una silla o bailando semidesnudas en la tele, estas mujeres de los años noventa no son tan diferentes de las respetables mujeres que viven por aquí. Ésta es una región costera, húmeda y temerosa de Dios, donde la imprudencia femenina no se limita a algo tan superficial como unos biquinis, unos tangas o unas pantallas de televisión. Pero tanto entonces como ahora, con ropa interior decente o sin nada, las mujeres con carácter jamás han podido ocultar su inocencia, una especie de conmovedora esperanza de que su príncipe está en camino. Sobre todo las más duras, armadas con sus cúters y su lenguaje soez, o las elegantes, con sus deportivos bipla-

za y un bolso de mano lleno de drogas. Incluso las que exhiben cicatrices como si fuesen medallas impuestas por el presidente y las medias caídas alrededor de los tobillos no pueden ocultar a la niña tierna, a la encantadora chiquilla acurrucada en algún lugar de su interior, entre las costillas, por ejemplo, o bajo el corazón. Naturalmente, todas tienen una triste historia que contar: atención excesiva, insuficiente o de la peor clase. Algún cuento sobre papás monstruosos y hombres embusteros, o mamás y amigos mezquinos que les hicieron daño. Cada historia contiene un monstruo que las volvió implacables en vez de valientes, que así que abren las piernas antes que el corazón, donde aquella criatura se ha acurrucado.

A veces la herida es tan profunda que ninguno de esos relatos tipo «¡Ay de mí!» es suficiente. Entonces lo único que funciona, que explica la locura que aumenta y oprime y hace que las mujeres se odien entre ellas y arruinen a sus hijos es un mal externo. En *Up Beach*, de donde procedo, la gente solía referirse a ciertas criaturas llamadas «cabezas vigilantes», unos seres sucios, con grandes sombreros, que salían del océano para hacer daño a las mujeres fáciles y comerse a los niños desobedientes. Mi madre las conoció de pequeña, en una época en que la gente soñaba despierta. Desaparecieron durante un tiempo, pero regresaron con unos sombreros nuevos y más grandes. Fue en los años cuarenta, cuando sucedieron en la costa un par de esas cosas que hacen exclamar: «¿Lo ves? ¿Qué te decía?». Como aquella mujer que anduvo por la arena con el marido de su vecina y al día siguiente sufrió una apoplejía en la fábrica de conservas, el curvo cuchillo para abrir las conchas todavía en la mano. Aún no había cumplido los veintinueve años. Otra mujer... vivía en *Silk* y no tenía nada que ver con la gente de *Up Beach*... bueno, un día, al oscurecer, esa mujer ocultó una linterna y una escritura de compra en la arena, ante la casa en la playa de su suegro, pero una tortuga boba desenterró los objetos por la noche. La desdicha-

da nuera se fracturó la muñeca tratando de alejar a la brisa y al Ku Klux Klan del documento que había robado. Por supuesto, nadie pudo afirmar que había visto alguna cabeza vigilante mientras duró la deshonra de aquellas mujeres culpables, pero yo sabía que estaban allí, así como el aspecto que tenían, porque ya las había visto en 1942, cuando unos niños cabezotas rebasaron a nado la cuerda de seguridad y se ahogaron. En cuanto se los tragó el agua, nubes de tormenta se congregaron por encima de una madre que gritaba y unos pocos bañistas pasmados, y, en un abrir y cerrar de ojos, aquellas nubes se convirtieron en unos perfiles boquiabiertos que llevaban sombreros de ala ancha. Algunas personas oyeron retumbar de truenos, pero yo juro que oí gritos de alegría. Desde entonces, pasados los años cincuenta, merodearon por encima del oleaje o rondaron por la playa preparadas para atacar en cuanto se ponía el sol (ya sabéis, cuando la lujuria es más intensa, cuando las tortugas bobas andan en busca de nidos y los padres negligentes se amodoran). Naturalmente, la mayoría de los demonios tienen hambre a la hora de cenar, como nosotros. Pero a las cabezas vigilantes también les gustaba vagar de noche, sobre todo cuando el hotel estaba lleno de visitantes borrachos de música de baile o de brisa marina, o eran tentados por el agua iluminada por las estrellas. En aquellos tiempos, el hotel y centro de veraneo Co-sey era el mejor y más conocido para la gente de color que iba de vacaciones a la Costa Este. Allí acudía todo el mundo: Lil Green, Fatha Hines, T-Bone Walker, Jimmy Lunceford, los Drop of Joy, y huéspedes de lugares tan alejados como Michigan y Nueva York se morían de ganas de alojarse en el hotel. La bahía de Sooker rebosaba de tenientes y de flamantes madres, de jóvenes maestros, dueños de inmuebles, médicos y hombres de negocios. Por todas partes los niños se montaban en las piernas de sus padres y enterraban a los tíos en la arena hasta el cuello. Hombres y mujeres jugaban al croquet y formaban equipos de béisbol cu-

yo objetivo era lanzar un home run a las olas. Las abuelas vigilaban los termos rojos con asas blancas y los cestos llenos de ensalada de cangrejo, jamón cocido, pollo, panecillos y bizcochos al limón, mmm... Dios mío. Entonces, de repente, en 1958, audaces como un pelotón, las cabezas vigilantes aparecieron en la brillante mañana. Un clarinetista y su mujer, recién casados, se ahogaron antes del desayuno. La cámara de neumático sobre la que habían flotado llegó a la orilla arrastrando mechones de barba cubiertos de escamas. Se discutió en voz baja si la esposa le habría hecho el salto a su marido durante la luna de miel, pero los hechos estaban confusos. Desde luego, ella había tenido toda clase de oportunidades. En el hotel Cosey había más solteros guapos por metro cuadrado que en cualquier otro lugar, fuera de Atlanta e incluso Chicago. Acudían allí en parte por la música, pero sobre todo para bailar con mujeres bonitas junto al mar.

Tras la separación de la pareja ahogada (enviaron cada cuerpo a una funeraria distinta), una habría pensado que las mujeres ligeras de cascos y los niños tercos como mulas no necesitarían más advertencias, pues sabían que no había ninguna escapatoria: rápidas como el rayo, de noche o de día, las cabezas vigilantes podían surgir bruscamente de las olas para castigar a las mujeres casquivanas o tragarse a los niños que se portaban mal. Sólo cuando el hotel cerró sus puertas, se escabulleron como rateros en una cola del pan. Es probable que algunas de las personas que todavía surgen nasas para cangrejos en las abras las recuerden, pero sin orquestas ni parejas de luna de miel, sin barcos ni comidas en la playa ni bañistas. Cuando la bahía de Sooker se convirtió en un tesoro de desechos marinos y la misma Up Beach se anegó, nadie necesitaba ni quería recordar los grandes sombreros y las barbas escamosas. Pero han transcurrido cuarenta años. A los propietarios del hotel Cosey nadie ha vuelto a verlos, y casi a diario temo por su suerte.

Aparte de mí y unos pocos chamizos de pescadores, Up Beach está sumergida a seis metros de profundidad; pero el hotel del centro de veraneo Cosey todavía está en pie. Más o menos. Más bien da la impresión de que se inclina hacia atrás, apartándose de los huracanes y el azote constante de la arena. No deja ser curioso lo que la fachada marítima es capaz de hacer a los edificios vacíos. Puedes encontrar las conchas más bonitas en los escalones, como pétalos diseminados o camafeos de un vestido de domingo, y te preguntas cómo han llegado hasta allí, tan lejos del océano. Las montañas de arena que se amontonan en los rincones del porche y entre los balaustres de las barandillas son más blancas que la playa, y más suaves, como harina cernida dos veces. Alrededor de la glorieta crecen dedaleras, cuyos tallos te llegan a la cintura, y las rosas, que siempre detestan nuestro suelo, aquí crecen con ahínco, con más espinas que la zarzamora y flores de un rojo remolacha que brotan durante semanas. El revestimiento exterior del hotel parece chapado en plata, y la pintura se descascarilla como las vetas de un tosco servicio de té. Las grandes puertas dobles están cerradas con un candado. De momento nadie ha roto los cristales. Nadie sería capaz de hacerlo, porque en los cristales se refleja tu cara, así como el paisaje que se extiende a tu espalda: hectáreas de hierba que llega al borde de la playa centelleante, el cielo como una pantalla de cine y un océano que te quiere a ti más que a nada. Al margen de la soledad en el exterior, si miras dentro, el hotel parece prometerte éxtasis y la compañía de todos tus mejores amigos. Y música. El movimiento del gozne de una ventana suena como la tos de una trompeta; las teclas del piano hacen que una nota negra oscile por encima del viento, de modo que podría pasarte desapercibido el dolor agolpado en estos pasillos y habitaciones cerradas.

Tenemos un tiempo en general suave, con una luz peculiar. Las mañanas pálidas se diluyen en mediodías blancos, y entonces, hacia las tres de la tarde, los colores asustan de

tan violentos. Olas de jade y zafiro luchan entre sí, armando tanta espuma que se podrían lavar las sábanas en ella. El cielo nocturno se comporta como si procediera de otro planeta, sin normas, así que el sol puede ser morado ciruela si le apetece y las nubes, rojas como amapolas. Nuestra costa es como azúcar, que es lo que los españoles pensaron al verla por primera vez. Y así la llamaron, un nombre que los blancos del lugar deformaron para siempre, convertido en Sooker.

A todo el mundo le encantaba nuestro clima, excepto cuando el olor de la fábrica de conservas llegaba a la playa y el interior del hotel. Entonces los clientes descubrían lo que la gente de Up Beach soportaba a diario, y pensaban que ésa era la razón de que el señor Cosey y su familia se hubieran mudado del hotel a la gran casa que se hicieron construir en la calle Monarch. El olor del pescado no solía ser tan malo por aquellos pagos. Como el hedor de la marisma y los retretes, tan sólo añadía una variedad más para los sentidos. Pero en los años sesenta llegó a ser un problema. Una nueva generación de mujeres se quejó de cómo el olor afectaba a sus vestidos, su apetito y idea de la aventura romántica. Era más o menos la época en que el mundo decidió que el perfume es el único olor adecuado para el olfato. Recuerdo a Vida tratando de serenar a la novia de un famoso cantante que insistía en que su filete sabía «a mar». Me sentí dolida, porque jamás he metido la pata en la cocina. Más adelante, el señor Cosey afirmó que eso fue lo que arruinó su negocio, que los blancos le habían engañado, que le permitieron comprar tanta marítima como quiso porque la fábrica de conservas estaba demasiado cerca e impedía que el terreno fuese rentable. El olor a pescado había convertido su centro de veraneo en una broma. Pero sé que el olor que se extendía sobre Up Beach sólo alcanzaba la bahía de Sooker una o dos veces al mes, y nunca entre diciembre y abril, cuando las nasas de cangrejos estaban vacías y la fábrica cerrada. No. No me importa lo que

él dijera a la gente, hubo algo más que dio al traste con su negocio. La libertad, según May. Ella se esforzó cuanto pudo por mantener el centro en marcha cuando su suegro perdió el interés por él, y estaba convencida de que los derechos civiles habían destruido a su familia y al negocio. Se refería a que a la gente de color le interesaba más malgastar en las ciudades que bailar en la orilla del mar. May era así, pero lo que empezó como testarudez acabó en trastorno mental. Lo cierto es que quienes en los años cuarenta alardeaban de haber pasado las vacaciones en el hotel de Cosey, en los sesenta se jactaban de que iban al Hyatt, al Hilton, de crucero a las Bahamas y Ocho Ríos. La verdad es que ni el marisco ni la integración racial tuvieron la culpa. Dejemos de lado a la mujer del filete con sabor a mar; los clientes se sentarán junto a un retrete si ésa es la única manera de escuchar a Wilson Pickett o Nellie Lutcher. Además, ¿quién puede distinguir un olor de otro mientras está apretado contra su pareja en una atestada pista de baile escuchando «Las luces del puerto»? Y mientras May seguía culpando día tras día a Martin Luther King de sus problemas, el hotel todavía daba dinero, aunque con una clientela diferente. Mirad, la culpa la tenía alguna otra cosa. Además, el señor Cosey era un hombre listo. Ayudó más a la gente de aquí de lo que lo hicieron los programas gubernamentales a lo largo de cuarenta años. Y no fue él quien tapió las puertas y ventanas del hotel y vendió treinta hectáreas de terreno a un promotor inmobiliario de Igualdad de Oportunidades para construir treinta y dos viviendas tan baratas que son una vergüenza, al lado de mi chabola. Por lo menos mis suelos son de madera de roble desbastada a mano, no de pino alisado, y aunque mis vigas no son rectas como una regla, son auténticas y de buena madera.

Antes de que Up Beach se ahogara durante el azote de un huracán llamado Agnes, hubo una sequía sin nombre. Se acababa de realizar la venta, y el terreno apenas se había parcelado, cuando las madres de Up Beach sacaban ba-

ro de sus grifos. Los pozos secos y el agua salobre las asustaban tanto que prescindieron del panorama marino, y solicitaron a la agencia gubernamental de vivienda y desarrollo urbanístico hipotecas con un interés del dos por ciento. El agua de lluvia ya no les servía. Dificultades, desempleo y huracanes siguieron a la sequía, la marisma se convirtió en una torta de barro tan seco que hasta los mosquitos se marcharon, y yo vi todo esto diciéndome que, sencillamente, así es la vida. Entonces edificaron las casas del gobierno y pusieron al barrio el nombre incorrecto de Oceanside. Los promotores inmobiliarios empezaron a venderlas a los veteranos del Vietnam y a blancos jubilados, pero cuando Oceanside se convirtió en la meta de personas despedidas de sus empleos y que subsistían gracias a los vales canjeables por alimentos, las iglesias y esas organizaciones de discriminación positiva estuvieron muy ocupadas. La asistencia social ayudó un poco, hasta que llegó el momento de proceder a la renovación urbanística. Entonces hubo empleos para todos los habitantes del lugar. Ahora está lleno de gente que viaja a diario a oficinas y laboratorios clínicos situados a treinta y cinco kilómetros al norte. En sus idas y venidas desde esas casas baratas y bonitas a las galerías comerciales y las multisalas de cine, son tan felices que no tienen un solo pensamiento turbio, y no digamos un recuerdo de las cabezas vigilantes. Éstas tampoco cruzaron por mi mente hasta que empecé a echar de menos a las mujeres de la familia Cosey y a preguntarme si se habrían matado entre ellas. ¿Quién sabría, además de mí, si estaban muertas allí dentro, una de ellas vomitando en los escalones, todavía en la mano el cuchillo con el que degolló a la que le había dado el veneno? ¿O si una sufrió una apoplejía tras haber disparado a la otra e, incapaz de moverse, se murió de hambre delante mismo del frigorífico? Pasarían varios días antes de que las encontraran. Hasta que el chico de los Sandler necesitara su paga semanal. Tal

vez lo mejor será que deje de ver la tele durante algún tiempo.

Antes veía a una de ellas al volante de aquel Cadillac viejo y oxidado, camino del banco o aquí, de vez en cuando, en busca de un filete de Salisbury. Por lo demás, no han salido de esa casa en varios años. Desde que una volvió con una bolsa de compras de Wal-Mart y, por sus hombros encorvados, te dabas cuenta de que estaba derrotada. No se veían por ninguna parte las maletas Samsonite blancas con las que se había marchado. Pensé que la otra le daría con la puerta en las narices, pero no lo hizo. Supongo que las dos eran conscientes de que cada una merecía a la otra. Más mezquinas que la mayoría y con aires de superioridad, reciben la atención constante de que son objeto las personas que desagradan a todo el mundo. Viven como reinas en la casa del señor Cosey, pero desde que esa chica se instaló ahí hace algún tiempo, con una minifalda tan corta como unas bragas pero sin rastro de ellas, me preocupa que me dejen aquí sin nada más que un relato de viejos al que recurrir. Sé que es basura: un relato más, inventado para asustar a las mujeres perversas y corregir a los niños revoltosos. Pero es todo lo que tengo. Sé que necesito otra cosa. Algo mejor. Por ejemplo, un relato que muestre cómo unas mujeres desvergonzadas pueden humillar a un hombre bueno. Para eso sí vale la pena tararear.

1

EL RETRATO

El día que ella recorrió las calles de Silk, un molesto viento moderaba la temperatura y el sol era incapaz de elevar el mercurio de los termómetros al aire libre más que unos pocos grados sobre cero. En la orilla se habían formado placas de hielo y, tierra adentro, las casas apiñadas de la calle Monarch gemían como cachorros. La capa de hielo relucía, y luego, con las primeras sombras del atardecer, desapareció e hizo que las aceras por las que ella caminaba dificultaran el paso de una persona ágil, y no digamos de una que cojeaba un poco. Con semejante tiempo, debería haber inclinado la cabeza y cerrado los ojos hasta reducirlos a un par de ranuras, pero, como era forastera, miraba cada casa con los ojos muy abiertos, buscando la dirección correspondiente a la del anuncio: calle Monarch, número uno. Finalmente, torció por el sendero de acceso a la casa de Sandler Gibbons, quien estaba junto a la puerta del garaje, rasgando la costura de un saco de sal para disolver el hielo. Él recuerda el crujido de los tacones de la mujer en el suelo de hormigón mientras se acercaba; el ángulo de su cadera cuando se detuvo allí, el melón del sol a sus espaldas, la luz del garaje en el rostro. Recuerda lo placentera que era su voz cuando ella le preguntó cómo se iba a la casa de unas mujeres a las que él conocía de toda la vida.

—¿Estás segura? —replicó él después de oír la dirección.

La muchacha se sacó un pedazo de papel de un bolsillo de la chaqueta, lo sostuvo con los dedos sin enguantar mientras lo leía y asintió.

Sandler Gibbons le miró las piernas y tuvo la certeza de que rodillas y muslos le escocían debido al frío a que los exponía la minúscula falda. Entonces le asombró la altura de los tacones de sus botas y el corte de la pequeña chaqueta de cuero. Al principio pensó que llevaba sombrero, algo grande y esponjoso que le mantenía calientes las orejas y el cuello. Pero luego se percató de que era el cabello lanzado hacia delante por el viento lo que le impedía verle bien la cara. Le pareció una muchacha simpática, de delicada estructura ósea, bien criada pero perdida.

—Las señoras Cosey —le dijo—. La casa que andas buscando es la suya. Ya hace mucho tiempo que no es el número uno de la calle, pero no se les puede decir eso. No se les puede decir nada. Es el mil cuatrocientos diez o quizá el mil cuatrocientos uno.

Ahora le tocaba a ella poner en duda la afirmación de aquel hombre.

—Hazme caso —le dijo él, irritado de súbito; pensó que era por el viento que le azotaba los ojos—. Ve en esa dirección. No tiene pérdida, a menos que te empeñes en no encontrarla. Es tan grande como una iglesia.

Ella le dio las gracias, pero no se volvió cuando el hombre gritó a sus espaldas:

—¡O una cárcel!

Sandler Gibbons no supo qué le había impulsado a decir aquello. Supuso que estaba pensando en su esposa. En aquel momento ella habría bajado del autobús y caminaría con cuidado por la resbaladiza acera hasta llegar al sendero de acceso a la casa. Entonces estaría a salvo de caídas porque, con la previsión y el sentido común que le caracterizaban, él se había preparado para enfrentarse al gélido clima